
1.

Clasificar y cartografiar la humanidad

La construcción antropológica de áreas culturales

JOSEP LLUÍS MATEO, MONTSERRAT VENTURA, MONTSERRAT CLUA
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Con la expansión colonial europea del siglo xv se afianza una era de organización del mundo en pueblos jerárquicamente clasificados según niveles de complejidad social y religiosa. Antiguas categorías como pueblos, razas, tribus, salvajes, junto a una infinidad de nombres de grupos, se instalan en los mapas dibujados desde los poderes metropolitanos, vinculando territorios y continentes con imaginarios de rasgos culturales y fenotipos delimitados, que las incipientes ciencias occidentales que se desarrollan junto al colonialismo contribuirán a consolidar como etiquetas descriptivas de uso habitual. Entre ellas la antropología naciente, que se desarrollará con fuerza desde la Ilustración de la mano del racionalismo y el darwinismo, con la idea de ordenar la diferencia dentro de la unidad humana, coincidiendo con la última fase de la expansión colonial europea (Llobera, 1975: 377). Las primeras categorías sobrevivieron, con sus múltiples variaciones, hasta el siglo pasado.

A fines del siglo xix y a lo largo del siglo xx, en un principio como marco para clasificar la cultura material de los museos, distintos paradigmas teóricos como el evolucionismo (Lewis H. Morgan, Edward B. Tylor), el difusionismo alemán (Friedrich Ratzel, Leo V. Frobenius, Wilhelm Schmidt, Wilhelm Koppers) y norteamericano (Franz Boas, Clark Wissler, Alfred Kroeber), el neoevolucionismo (Julian H. Steward), el neodifusionismo (Gordon Childe) y el comparatismo positivista, promovido por la universidad de Yale en su proyecto paradigmático de los *Human Relations Area Files* (George P. Murdock), se

afanaron en magnas empresas clasificadoras, no exentas de trasfondo político. Fue en este proceso donde se generalizó el uso de categorías de análisis como «círculo cultural», «área cultural» o «etnologías regionales», repetidamente criticadas, pero todavía vigentes.

Muchos planes de estudio y textos antropológicos todavía hoy contienen referencias a áreas culturales como África Occidental, Sudeste Asiático, Melanesia, Mediterráneo, Balcanes, Caribe, etc., sin hacer explícitas las implicaciones teóricas del uso de dichos términos (Llobera, 1990: 75; Todorova, 1997). Por otro lado, la aparición de historias críticas de la disciplina, como las llevadas a cabo por David Price (2004, 2008), revelan la importancia de situar los contextos de producción científica y sus efectos sociopolíticos a la hora de pensar la humanidad y sus divisiones.

El libro que presentamos propone una revisión crítica de este proceso de construcción de áreas culturales y sus efectos a partir de estudios de caso específicos en distintos lugares del planeta. América, por su lugar privilegiado en la construcción de la noción de área cultural, ocupa un espacio significativo en la obra, que nos va a permitir desentrañar al detalle la multiplicidad de elementos a los que la antropología y las estructuras de poder han recurrido para construir las distintas áreas y establecer fronteras bajo el paradigma de la cultura. Pero el libro desentraña también los mapas e imaginarios que esta noción ha construido en espacios de interés sociopolítico tan diversos como el Magreb, Oriente Medio, la Europa mediterránea, o el Himalaya. Los estudios de caso recorrerán relaciones coloniales y postcoloniales, imbricaciones disciplinarias e intereses geoestratégicos, y espacios de aplicación de dichas áreas, que van desde las catalogaciones utilizadas en los museos a las políticas de integración de las poblaciones indígenas, ya sea desde organismos nacionales o internacionales¹.

1 El libro es el resultado del proyecto de investigación «Fronteras Culturales en un Mundo Global», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad entre 2018 y 2021 (HAR2017-86776-P), del grupo de investigación Antropología e Historia de la Construcción de Identidades Sociales y Políticas (Depto. de Antropología Social y Cultural de la UAB), liderado por Montserrat Clua y Montserrat Ventura. Cuenta con investigadores de la UAB, la UB y la UNED en el Estado español, y colaboradores destacados de instituciones académicas de Italia, Francia, Suecia, Canadá, Argentina y Perú, especialistas de la antropología, la arqueología, la sociología y la historia.

Las áreas culturales como sistema de clasificación

La comparación es una tarea intrínseca de la antropología. Comparar es poner en paralelo realidades distintas, implícita o explícitamente, con el fin de destacar sus semejanzas y sus diferencias². Las áreas culturales surgen precisamente de este acto comparativo que, desde su inicio, ha sido también un acto clasificatorio. Partiendo de la propuesta clásica de Mauss y Durkheim (1903), podemos afirmar que la antropología no solo constataría la existencia de sistemas locales de clasificación, sino que los propios antropólogos contribuyeron a elaborar sistemas de clasificación del mundo que no eran ajenos al contexto histórico del momento y a los paradigmas epistemológicos predominantes.

En la representación de las áreas deberíamos considerar tanto la manifestación del acto intelectual de clasificar, como las posibilidades técnicas, y el planteamiento teórico que lo impulsa. Jack Goody (1985[1977]) ya expuso el efecto que tuvo el desarrollo de la escritura en la generación de información acumulativa (en forma de listas), además de en el control de la población. Una forma de pensar acumulativa que permite también el establecimiento de correlaciones jerárquicas. En las primeras clasificaciones europeas, desde la cadena de evolución linneana hasta el establecimiento visual de las familias lingüísticas, se usaron árboles genealógicos, que permitían representar un orden jerárquico. Con un corolario: estos diagramas representaban la historia de la cultura como un camino directo, sin fisuras ni claroscuros, incapaces de representar conceptos complejos que las escuelas antropológicas alemanas empezaban a definir a mediados del siglo XIX, como permeabilidad cultural, progreso discontinuo, aculturación, intercambio y préstamo, o colonización, entre otros. A finales del siglo XIX empezó otro modo de representación de las clasificaciones culturales que devendría clave para la etnografía: el modo cartográfico, impulsado por la escuela histórico-cultural de Bastian y Ratzel (Santini, 2018).

Adolf Bastian, defensor de la unidad del ser humano, se sirve del método comparatista entonces en auge para presentar su cuadro heteróclito de la diversidad de formas de pensar y sus manifestaciones. Un cuadro

2 Para una reflexión detenida del rol de la comparación en antropología, ver el seminario de Ph. Descola, 2018-19, «Qu'est-ce que comparer?» Seminario de la Cátedra *Anthropologie de la Nature*, Collège de France: <<https://www.college-de-france.fr/site/philippe-descola/course-2018-2019.htm>>. Para las aportaciones y límites metodológicos de la comparación etnográfica ver González Echevarría (1990).

influido por el posibilismo medioambiental, de fácil representación cartográfica, que desemboca en la delineación de «provincias culturales», en las que busca sin demasiado éxito representar su desarrollo histórico. Friedrich Ratzel aboga por el mismo posibilismo y busca también trasponer las culturas resultantes en mapas, tarea que enmarca en una nueva disciplina a la que denomina Antropogeografía (Ratzel, 1899, en Santini, 2018). Su *leitmotiv* será precisamente dibujar el mapa etnográfico perfecto, aquél capaz de representar la diversidad de pensamiento a lo largo del mundo, del ser humano único, excluyendo la raza de entre los factores determinantes. Ambos buscan representar el ser humano producto de configuraciones históricas y culturales, resultado de milenios de «mestizaje» cultural. Por ello la única homogeneidad posible en un grupo étnico es la de una configuración cultural específica desarrollada en un lugar y una época concreta. Pero Ratzel no piensa la diversidad de modo jerárquico y buscará una forma neutral de representación. Sobre un eje espacio-temporal, el mapa se piensa como una herramienta dinámica, con fronteras permeables, una combinación de líneas de movimiento y de áreas regionales. Un mapa imposible, que implicaba necesariamente simplificación, y una elaboración previa de tipologías reduccionistas (Santini, 2018).

Este método pasaba por la elaboración de listas comparativas de rasgos culturales que debían permitir proponer agrupaciones y mostrar la difusión, como hará años más tarde Erland Nordenskiöld en Gotemburgo, también impulsor de la representación cartográfica en etnología (Rivet, 1932: 298). Pero en su conversión cartográfica encontramos progresivamente un salto conceptual; un salto de la sucesión temporal que permitía aquel primer árbol evolucionista, a la predominancia espacial a la que invita el mapa, y que se trasladará cada vez más estático a los mapas de áreas que se desarrollarán en los Estados Unidos a partir de Wissler (1917) (ver Ventura, *infra*). Con un añadido no ortodoxo: mientras Ratzel aseguraba que nunca se podría sobreponer un mapa lingüístico con uno de religión o de prácticas diversas para proponer un área cultural –debido a la complejidad y diversidad de las lógicas de cada uno de estos aspectos (Santini, 2018)–, algunos de sus sucesores en el establecimiento de la cartografía etnográfica, como el mismo Nordenskiöld en Europa o Wissler en América, lo probarán. No concluirán que un área cultural es una síntesis de todas las dimensiones posibles de una cultura, pero mostrarán con sus intentos que existe esta posibilidad.

Junto a la primacía espacial, la necesidad de marcar con trazos lineales las áreas en mapas físicos mantendrá por mucho tiempo el problema práctico de la delimitación. El mismo Kroeber señalaba en 1939 algunas dificultades técnicas que contribuían a la distorsión de las áreas (como que a veces la longitud de la denominación de un área obligaba a dibujarla de mayor tamaño para dar cabida al nombre, refiriéndose a los mapas de áreas dibujados por Wissler en 1917). Pero también a la imposibilidad de evocar la «gradación» del contenido cultural entre áreas de distinto grupo a través de la línea de demarcación (Kroeber, 1939: 8) y que el concepto de centro cultural no era suficiente para superar. Ello nos remite a un problema que apuntó algo más tarde Mary Douglas (1973 [1966]) sin hablar de mapas: la necesidad de establecer categorías claras, que son simbólicas (es decir, no naturales), comporta que siempre permanezcan elementos fuera de lugar, que denomina no-cosas; elementos que, como señalaba Kroeber, no encajan en las categorías. Lo veremos en los repetidos intentos clasificatorios, que siempre concluyen con una agrupación que reúne los elementos que no disponen de clasificación. La historia de las áreas culturales está marcada por estas «no-cosas» que las ciencias sociales han intentado encajar produciendo ríos de tinta (y a veces de sangre) sobre qué grupos de personas formarían parte de un colectivo o quedarían fuera de él.

Pero no se trata solo de una limitación técnica o de una deficiencia en el aparato teórico lo que distorsiona los mapas: los mapas no son neutros, como ha señalado la geografía crítica, y los mapas culturales son también políticos (Wood y Fels, 1992; Capello, 2010). En el presente volumen observaremos cómo, en muchos casos, estos sistemas de clasificación devinieron formas hegemónicas de organizar el tiempo y el espacio. Pero no podemos olvidar que ello fue un proceso de clasificación en el que se produjo un «robo de la historia» (Goody, 2011), una «colonialidad del saber» (Lander, 2000), que excluyó otras formas de pensamiento que también han generado formas particulares de concebir las sociedades y la historia en diferentes contextos (Iggers, Wang, Mukherjee, 2016).

El objeto clasificado es un espejo de los sujetos clasificadores y en este espejo se refleja sobre todo un claro vínculo entre conocimiento y poder. Desde la expansión colonial europea emergen archivos imperiales, con sus particulares formas de clasificar a las poblaciones, de producir documentación administrativa y de archivarla. Con la conquista de América diversos teólogos y misioneros construyen proyectos de

clasificación de las poblaciones, como el jesuita José de Acosta, quien en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590) utiliza la religión y la lengua como criterios de jerarquización de las sociedades humanas. En las legitimaciones del proyecto evangelizador y colonial se entrecruzarán criterios antiguos, como la teoría de los climas, e irá ganando terreno desde la Ilustración una visión naturalista que definirá a los humanos como especie. De ahí surgirán los paradigmas evolucionistas y la jerarquía racial, con un progresivo paso de la retórica humoral y de la sangre a las teorías de razas (Coello y Mateo, 2016: 226-258).

Las maquinarias coloniales han producido conocimiento etnológico en distintos lugares. Desde el trabajo fundacional de Talal Asad *Anthropology and the Colonial Encounter* (1973), la investigación crítica ha documentado estos vínculos entre los intereses de control de las poblaciones y la producción de conocimiento sobre ellas, en muchos casos dando lugar a aquello que Burke (2014) denominó para el caso marroquí como un «Ethnographic State». Los agentes de las instituciones de control social generan estadísticas y mapas sobre las poblaciones (Asad, 1994), desarrollando una cultura del archivo de culturas. Stoler lo ejemplificó detalladamente con los archivos coloniales holandeses, tomando el archivo no solo como fuente sino como objeto de estudio en sí (Stoler, 2010). Estas tecnologías de gobierno, desarrolladas también en la Europa moderna para el control de su población (Foucault, 2008), se extendieron por los diferentes escenarios coloniales del norte de África, Oriente Medio, África Occidental (Amselle, 1999) y Oriental, en la India británica (ver Van den Bogaert, *infra*) y las Indias Orientales, pero también fueron adoptadas por los Estados independientes para controlar a sus propias poblaciones (México, Chile, Colombia, Guatemala para con sus pueblos indígenas; ver los textos de Fontana, Naranjo, y Oliver, *infra*).

Es también en este escenario en el que surgen los diferentes paradigmas teóricos hegemónicos en la antropología desde el siglo XIX, que definirán las fronteras entre grupos en base a clasificaciones cambiantes. Clasificaciones que irán pasando de la raza (Goldberg, 2002) a la cultura, la ecología, o entremezclando diversos criterios. Amselle (1999) muestra esta confusa coexistencia en el pensamiento etnológico, en la que la raza penetra en la etnicidad y no está clara su frontera. Esta confusa *limes* epistemológica se puede apreciar en las formas de etiquetaje y construcción de fronteras entre grupos en diversos escenarios coloniales, como el analizado por aquel autor en el África Occidental Francesa (Amselle, 1999: 71-93), o como las tesis hamíticas de Charles Seligman.

Estas últimas contraponían habitantes originarios sedentarios y campesinos con migraciones externas de pastores nómadas procedentes de Oriente Medio, con un efecto trágico en numerosos casos del África central y oriental, como el ruandés, con la reificación de la distinción entre hutus y tutsis (Chrétien, 2002). La confusión racial y étnica fue explotada igualmente en el norte de África con la distinción dualista entre árabes y bereberes, desde los textos racialistas de Topinard hasta la implementación de la política colonial del «divide y vencerás» (Silverstein, 2002).

La emergencia del enfoque de Áreas Culturales

La noción occidental moderna de «civilización» nace en el siglo XVIII relacionada con la idea ilustrada de progreso aplicada a Europa. A partir del siglo XIX las ciencias sociales le imprimen un sentido más próximo al actual de «cultura»: la aptitud específicamente humana de inventar colectivamente valores y convenciones, como hiciera E.B. Tylor en su definición clásica en 1871. Aunque las escuelas francesa y británica se inclinarán más por el uso del concepto «sociedad», la escuela alemana y sus herederos en los Estados Unidos lo harán por «cultura». Sin embargo, el término «civilización» ha subsistido en antropología, particularmente en el vocabulario de la tecnología, para designar un amplio conjunto geográfico en el que pueblos hablantes de lenguas distintas comparten un modo de vida comparable debido a los estreñimientos inducidos por el uso de un mismo recurso, dando lugar a expresiones como «la civilización de la miel» o «del reno». Es en este sentido que «civilización» es equiparable a «área cultural», aunque esta última esté menos imbuida de determinismo técnico (Descola, 2019: 11).

Se suele reconocer que el concepto de área cultural como tal se origina parcialmente en el pensamiento filosófico y folclorista alemán de la ilustración y el movimiento romántico decimonónico impulsado por Herder y los hermanos Grimm, y que fue Adolf Bastian, fundador del Museum für Völkerkunde en Berlín, quien lo transfirió a la antropología. Bastian fue quien desarrolló la noción de «provincias geográficas», que veremos traducido hasta mediados del siglo XX en «provincias culturales». Bastian y Ratzel, con su propósito de construir la «gran historia de la humanidad», rastreando y mapeando los contactos entre culturas, desarrollarán el método que posteriormente inspirará la escuela

histórico cultural que desarrollará los *Kulturkreise*, introducida por Leo Frobenius en 1898, perfeccionada por Fritz Graebner y desarrollada por el padre Wilhelm Schmidt. El *Kulturkreis* o «círculo cultural» aspiraba a describir la existencia de esferas distintas de influencia cultural; un concepto que se consolidó como el paradigma de la Escuela de Viena de Antropología, conocida por su conservadurismo, dirigida explícitamente a combatir el evolucionismo, el marxismo y el comunismo (Bender, 2017: 270-271).

Formado en la Escuela de Viena y la idea de los círculos culturales, Franz Boas combatió su posicionamiento de derechas, y convirtió el área cultural en un concepto de vanguardia en los Estados Unidos. A su entender, se trataba de una herramienta heurística clave para representar mapas culturales espacialmente y desplazar el evolucionismo cultural de la antropología americana en el siglo XIX, dominada por exploradores al servicio de la colonización. Cuando Boas llegó a los Estados Unidos, las instituciones que dominaban la antropología eran la Smithsonian Institution, fundada en 1846, el National Museum, fundado en 1858 bajo su égida, y el Bureau of Ethnology (más tarde Bureau of American Ethnology), creado en 1879, cuyo primer director fue John Wesley Powell, explorador interesado por las lenguas indígenas. El curador de la sección de etnología de la Smithsonian Institution y responsable del National Museum, Otis Tufton Mason, fue, en cambio, académico y más tarde profesor de la Universidad de Columbia. Este estaba influido también por la escuela alemana, pero del modelo de estratos culturales de Gustav Klemm, y su objetivo era clasificar todos los materiales de las colecciones que tenía a cargo (Bender, 2017: 271-273). Para situar el debate teórico en torno a las áreas culturales, su anclaje en las clasificaciones de los museos y el posicionamiento dinámico de Boas, vale la pena recordar un enfrentamiento muy elocuente que tuvo lugar en 1887 entre estas tres figuras en torno a la organización de los objetos en las exposiciones etnográficas. En su visita de 1886 al National Museum, Boas quedó decepcionado por la organización de los objetos según tipologías independientes de su contexto cultural de producción y uso, como escribió en su nota crítica en la revista *Science* donde trabajaba:

Mason ha ordenado las colecciones etnológicas del National Museum según objetos, no según la tribu a que pertenecen, con el fin de mostrar los tipos distintos de lanzas, cestos, arcos, etc. [...] debemos

1. Clasificar y cartografiar la humanidad

estudiar cada espécimen individualmente en su historia y su medio, y esto es lo importante de la «provincia geográfica» que tan frecuentemente enfatiza Adolf Bastian. Observando un elemento singular fuera de su contexto, fuera de otros inventos del pueblo al que pertenece, y fuera de otros fenómenos que afectan a este pueblo y sus producciones, no podemos entender sus significados (Boas, 1887a: 485, en Bender, 2017: 274-275)³.

Boas proponía ordenar los objetos según tribus para entender su producción como una totalidad. Este texto fue contestado por Mason y replicado de nuevo por Boas, a quien el mismo Powell replicó a favor de Mason. El debate resurgió en 1893 durante la World's Columbian Exposition en Chicago. Allí se mostraron dos exposiciones, la del pabellón gubernamental a cargo de los antropólogos de Washington y la del denominado pabellón antropológico comisariado por Ward Putnam, arqueólogo de la Universidad de Harvard, y Franz Boas. El objetivo de estos últimos era explicar las similitudes entre diferentes grupos de una determinada región, ilustrando el proceso histórico, la difusión de la cultura material e inmaterial y la migración de los pueblos⁴.

Este modelo de organización de los objetos en base a áreas culturales se impuso en la organización del Museo pocos años después, y permanece en la actualidad, aunque posteriores apropiaciones del concepto de área cultural tendieron a enfatizar más la rigidez y estandarización de los límites (como en Wissler, 1917, en Bender, 2017: 269), y siempre con una tensión entre los polos del eje espacio-temporal y centro-frontera cultural. El concepto de área cultural no solo ha permanecido en la organización del National Museum, sino que en la renovación de la colección permanente del National Museum of American Indian en Nueva York, dirigido por especialistas nativos, se sigue promocionando la organización de los pueblos por áreas. Posiblemente porque son regiones que dan cobertura y unidad a sus luchas por los derechos que todavía persiguen, en los Estados Unidos y el resto del continente americano, en base a unidades políticas territoriales fundamentadas en la

3 En todo el texto las traducciones del original son propias.

4 Esta experiencia museística es considerada un elemento necesario para entender el desarrollo del particularismo histórico de Boas (Valdés, 2006), quien expuso su posición en el debate y su crítica teórico-metodológica al Evolucionismo en un artículo fundacional, «The Limitations of the Comparative Method of Anthropology», publicado en *Science* en 1896 (vol. 4, pp. 901-908).

cultura. Los museos europeos han vivido transformaciones similares y dan hoy en día más voz a la sociedad a la que representan y a sus minorías, pero allá donde exponen realidades ajenas a la propia, las áreas culturales dominan su exhibición⁵. También hoy una parte de la antropología europea considera útil el área cultural como herramienta de comparación, aunque lejos del determinismo y el esencialismo del último siglo, y más enfocada a entender qué tienen en común y qué de diverso las organizaciones sociales, y cómo ellas mismas lo reivindican, como veremos más adelante.

El nacimiento de los *area studies*

Robert B. Hall (1947) señala que el concepto de «estudios de área» se encuentra en los mismos orígenes de la educación superior americana en el siglo XIX, en los estudios clásicos, por ejemplo, que eran estudios de área, interdisciplinarios, mientras los modernos estudios de área se habían desarrollado previamente en diferentes países de Europa, como Alemania (Hall, 1947: 12-17). Durante los años veinte el objeto de interés del American Council of Learned Societies (ACLS) y el Social Science Research Council (SSRC) en áreas exteriores eran China y Japón, regiones estratégicas y de importancia comercial para los Estados Unidos, y en los primeros años treinta el ACLS creó un número de comités para coordinar investigación y recursos en áreas orientalistas tradicionales⁶. Pero a pesar de la importancia del Pacífico para los Estados Unidos, el espacio clave del interés exterior era su propio hemisferio. Junto a los organismos gubernamentales mencionados, la Smithsonian Institution, algunas universidades y otros organismos denominados filantrópicos fueron clave en las relaciones con América Latina, como las Fundaciones Rockefeller (con financiación de programas de enseñanza de lenguas desde 1940), Huntington (en investigación

5 Esta situación puede deberse también al hecho de que las metodologías de conservación, fichaje y archivo de los materiales de algunos museos europeos utilizan un sistema de clasificación compartida (Tesauro) donde las áreas culturales forman parte de los criterios de descripción y clasificación de los objetos de algunas zonas.

6 Estos fueron: estudios Chinos (1929), Japoneses (1930), Índico-iranianos (1930); Latinoamericanos; Bizantinos; Mediterráneos y de Próximo Oriente (1931-32); Próximo Oriente y estudios Árabes e Islámicos (1936); estudios Eslavos y estudios Culturales Americanos (1937-1938) (Patterson y Lauria-Perri-cellì, 1999, p. 239).

y bibliotecas), Carnegie (en relaciones pan-americanas) y Guggenheim (en apoyo individual a científicos y académicos de varios países) (Patterson y Lauria-Perricelli, 1999: 220-221).

A finales de los años veinte la Carnegie Institution de Washington empezó un estudio de largo alcance sobre los indios maya bajo la batuta de Robert Redfield, que junto al Proyecto Puerto Rico y el proyecto del Valle Virú, coorganizado por Julian H. Steward, inspiraron el impulso de este último en los estudios de área y particularmente en América Latina (Steward, 1952: xi; Patterson y Lauria-Perricelli, 1999: 220). En 1934, con la Indian Reform Act, promovida especialmente por John Collier, entonces a la cabeza del Bureau of Indian Affairs, culminan una serie de disposiciones conocidas como el «Indian New Deal», que buscan terminar con las políticas de asimilación forzada de las comunidades nativas para desarrollar, en su lugar, y con el apoyo de científicos sociales, proyectos de conservación de las tierras indígenas y fortalecimiento de sus estructuras sociopolíticas; proyectos cuestionados por líderes indígenas como un dispositivo colonialista (Blanchette, 2006, en Gil, 2015: 136).

Con la Segunda Guerra Mundial se acelera y crece el entusiasmo por los estudios de área (Hall, 1947: 17; Szanton, 2002) y se incrementa el interés por estrechar lazos con América Latina; se crean instituciones como el Joint Committee of Latin American Studies (que incluye los American Council of Learned Societies, National Research Council, Social Sciences Research Council), bien antes que el mismo ímpetu llegara a otras áreas del mundo. La guerra impidió el desarrollo teórico de la investigación por áreas, dadas las necesidades de conocimiento empírico de la urgencia bélica, algo que Steward busca subsanar en su estudio de 1952 (seis años después que se reuniera por primera vez el Council's Committee on World Area Research en 1946, y cinco desde el informe de Hall *Area Studies: With Special Reference to their Implications for Research in the Social Sciences* de 1947). Para Steward la investigación por áreas tiene por objetivos: 1) proveer conocimiento de valor práctico sobre áreas del mundo importantes; 2) ofrecer a los estudiantes y académicos una conciencia de la relatividad cultural (el conocimiento profundo de estas áreas demuestra que ninguna cultura es superior a otra), y ello debe promover la tolerancia de otros pueblos y evitar el etnocentrismo; 3) proveer comprensión de complejos sociales y culturales tal como existen en áreas; y 4) avanzar en el desarrollo de una ciencia social universal. Para ello hace falta implicación de distintas disciplinas.

Steward reconoce la ambigüedad del concepto de área, que puede implicar una región del mundo relevante para las relaciones internacionales de los Estados Unidos (como Rusia, Asia del Sur o Europa del Este), pero también una nación (como China), un área cultural (como América Latina, Oriente Próximo, Centro América o los indios mayas), una colonia (como las colonias europeas de África), o una dependencia (como Puerto Rico respecto de los Estados Unidos). Como se puede ver, se trata de significados de área que no son mutuamente excluyentes, a pesar de poseer connotaciones metodológicas distintivas en cuanto a investigación (Steward, 1952: 1-7). Steward acepta también que la unidad «área» está determinada por un cierto número de consideraciones que no tienen que ver con la teoría científica, sino con relaciones internacionales, instalaciones institucionales y/o disponibilidad de subvenciones, razones por las que la naturaleza del área difiere según las circunstancias (Steward, 1952: 7-8). Reconoce que los programas por áreas del momento se ciñen bastante a las áreas culturales, a veces también naturales y a veces de interés político, aunque casi siempre son demasiado amplias para abarcar un único proyecto, por lo que estos deben ser más acotados. De todas formas, a diferencia del «área cultural primitiva» propuesta años atrás por Clark Wissler (1922), en el «área cultural contemporánea» (o área del mundo), además de tener un patrimonio común, las sociedades o Estados que incluye tienden a estar unidos por lazos económicos, movimientos religiosos e ideologías políticas; es decir, hay una creciente unidad funcional dentro del área y, en menor grado, entre áreas (Steward, 1952: 9-10). Analizando los distintos programas de estudios areales de las instituciones más importantes de los Estados Unidos que tenían en ese momento Departamentos especializados (Europa del Este en la Universidad de Indiana, Escandinavia en Minnesota y Wisconsin, Civilización islámica en Princeton, Asia del Sur en Pennsylvania, Asia del Sureste en Yale, Hispanoamérica en Stanford), Steward deduce que las áreas delimitadas son en primer lugar culturales, y en segundo geográficas, aunque acepta que el alcance disciplinar depende del personal especializado disponible.

El impacto de la Segunda Guerra Mundial sobre la producción académica es muy elocuente: desde principios del siglo xx hasta 1940, solo se habían presentado en universidades de los Estados Unidos unas 60 tesis dedicadas al estudio de sociedades contemporáneas no-occidentales (Bender, 1997). Esta tendencia cambió completamente a partir del conflicto mundial. Durante la guerra, algunos antropólogos especialistas en áreas específicas se involucraron como analistas al servicio del Office of

Strategic Services (OSS), el precedente de la CIA, creada en 1947. En 1942 el secretario de la institución, Charles Greely Abbot, participó en un Comité de Guerra centrado en la necesidad de conocer «obscure peoples», promoviendo los «War Background Studies», que dieron lugar a 21 pequeños estudios sobre Asia y las islas del Pacífico, de las que se hicieron 600.000 copias. En aquel proyecto la región devino la variable central (Farish, 2005: 665). Entre los antropólogos que colaboraron destaca el antropólogo Carleton Coon, que había desarrollado un trabajo de campo sobre las tribus del Rif tras finalizar el conflicto armado colonial. El propio Coon dejó por escrito en sus memorias estos vínculos con la OSS (Coon, 1980). O también Charlotte Gower Chapman, autora de la monografía de la llamada «área mediterránea», *Milocca: A Sicilian Village*, quien después de ser tomada como prisionera por los japoneses durante la guerra se unió a la Infantería de Marina, fue asignada a la OSS y, en 1947, se convirtió en empleada de la CIA, donde trabajó hasta su jubilación en 1964⁷.

Precisamente en aquellos momentos destacó el papel jugado por la Smithsonian Institution –que desde 1846 ya tenía un carácter público, al ser controlada por el Congreso–, de donde surgió el Ethnogeographical Board (Price, 2008: 91-100). Había sido creado en 1942 a instancias del National Research Council of Learned Societies y el Social Science Research Council, y estaba financiado parcialmente por la Carnegie Corporation y la Rockefeller Foundation. El objetivo era «hacer accesible a las agencias militares de Washington y de guerra esta información regional específica y datos personales evaluados que deben estar al alcance de instituciones financiadoras y otras numerosas organizaciones científicas con las cuales están afiliadas o en contacto» (Bennet, 1947: v, en Patterson y Lauria-Perricelli, 1999: 221). De este proyecto surgió un manual para los soldados (*Survival on Land and Sea*), destinado a prepararlos para estar en lugares «hostiles y exóticos». Según revela Farish, fueron sobre todo antropólogos, más que geógrafos, quienes dominaron los puestos del Board, como en el caso de su director, William Duncan Strong (1899-1962), quien había realizado trabajo de campo entre pueblos indios del Sureste de California. O Carl E. Guthe (1893-1974), quien habría realizado espionaje para el Gobierno estadounidense en tiempos anteriores, en su esfuerzo por trasladar al Peabody Museum de Harvard

7 Vease Smithsonian Institution Archives: <https://web.archive.org/web/2014031-9014727/http://siarchives.si.edu/collections/siris_arc_297361>.

los esqueletos hallados en unas excavaciones en Pecos, Nuevo México. Cabe recordar que durante la Primera Guerra Mundial el espionaje de antropólogos y arqueólogos en México ya había sido denunciado por Franz Boas en un artículo en *The Nation* en 1919, por el cual Boas fue censurado por la American Anthropological Association y apartado de esta (González, 2004: 23-25).

Durante 1942, la División de Antropología y Psicología del National Research Council creó un comité de «Servicio de Guerra de Antropólogos» para evaluar las contribuciones de la antropología durante el periodo de la guerra y asesorar sobre las necesidades y posibilidades de la ciencia en la postguerra. En marzo de 1943 el comité, liderado por Ralph L. Beals, F. L. Richardson, Julian H. Steward y Joseph E. Weckler, elabora un informe (no publicable) que recopila datos sobre la elevada participación de la antropología durante la guerra y delineando su eventual labor futura. Explica el informe que los antropólogos «se han convertido en valiosos al proveer las agencias militares y otras agencias de la guerra con información básica para la guerra y postguerra», y «asegurar la cooperación de diversos grupos nativos y nacionales en la producción de materiales estratégicos y en otros programas de acción esenciales para la victoria» (Comitee on War Service of Anthropologists, 1943: 1).

Pero las motivaciones patrióticas que impulsaron la colaboración en el conflicto bélico mutaban en la paz hacia otras razones más acordes con la ética de la disciplina. Para los autores del informe muchas de estas habilidades seguirán siendo útiles en el periodo de la postguerra, particularmente en la integración de grupos nacionales, dado que:

[...] las culturas de muchos de estos grupos difieren substantivamente de la nuestra y la solución no puede quedarse en un imperialismo cultural que substituya sus instituciones por las nuestras; debe basarse en el reconocimiento de los valores culturales locales y en un entendimiento de los complejos factores raciales, lingüísticos, económicos y sociales, interrelacionados en la totalidad de cualquier cultura (Comitee on War Service of Anthropologists, 1943: 11).

Independientemente de las cuestiones éticas implícitas a nuestra disciplina que parecen contrapuestas a este programa, parece existir una voluntad de promoción gremial que se despierta en estas fechas:

1. Clasificar y cartografiar la humanidad

La antropología también puede ser útil en las relaciones internacionales de postguerra para contribuir a la paz, al conocimiento mutuo entre naciones, proveyendo información a planificadores y administradores internacionales y un programa amplio de educación popular que demuestre a los habitantes de cada nación que el modo de vida de los pueblos de otras naciones es natural y necesario (Comitee on War Service of Anthropologists, 1943: 12).

Pasado el embate colaboracionista también empieza en la academia la reflexión sobre las nuevas funciones de los estudios de área en contexto de paz. En 1946 el Social Sciences Research Council encargó a Robert B. Hall de la Universidad de Michigan una encuesta, que realizó en Departamentos de 24 universidades que incluían estudios de área en sus programas docentes (52 grados, 37 postgrados) y 25 proyectos de investigación. El trabajo analizaba las opiniones en pro y en contra de los estudios de área. Entre las primeras se encontraba la importancia de la colaboración de la comunidad científica (con el Gobierno) tanto en la guerra como en la paz; pero también el universalismo en la ciencia que debía permitir salir del provincialismo americano, así como la interdiscipliniedad. Entre las opiniones contra los estudios de área estaba la férrea defensa del conocimiento disciplinario, de las estructuras académicas tradicionales y la mayor dificultad de empleo tanto en la academia como en las instituciones estatales. Hall consideraba que, acabada la etapa bélica que había impulsado a muchos académicos al cuasi voluntariado, hacía falta reforzar los estudios de área para convertirlos en entidades académicas reconocidas y con autoridad. Ninguna de las objeciones a los estudios de área dudaba de la pertinencia de la colaboración de las ciencias sociales con las instituciones gubernamentales, ni del rol delicado que había jugado con su colaboracionismo durante la guerra. Como conclusión, el estudio afirmaba que «los estudios de área deberían ser alentados, tanto por intereses académicos como nacionales» (Hall, 1947: 69).

De hecho, es en el contexto de postguerra y de la Guerra Fría que aparecerán proyectos areales de largo alcance. Desde el Ethnogeographic Board, donde predominaron antropólogos de la Universidad de Yale, durante la guerra se había dado amplio uso al *Cross Cultural Survey*, elaborado en 1937 desde el Institute of Human Relations de la mano de George Murdock desde aquella universidad⁸. Aquel proyecto derivó

8 Sobre las particularidades del proyecto areal en el caso americano, ver Ventura,

en 1949 en los *Human Relations Area Files*, también dirigidos por Murdock y financiados por la CIA hasta 1966⁹. El propio Murdock devendría informante de la mencionada central de inteligencia, denunciando a colegas antropólogos por comunistas (Price, 2004: 71-75). El carácter neo-evolucionista de este macro proyecto se puede observar en un documento de 1953 sobre el alcance de los HRAF, en el que se establece la distinción entre sociedades «primitivas, históricas y contemporáneas». Lo relevante es que todas estas clasificaciones en áreas no se limitaron a una mera taxonomía académica; en aquellos proyectos se trataba también de poner aquellas clasificaciones al servicio del Estado: «Desde 1948, y particularmente desde el inicio de la Guerra de Corea una gran proporción de las energías del personal del Human Relations Area Files se ha dirigido a cubrir materiales relevantes de áreas estratégicas seleccionadas para su uso en el servicio gubernamental» (Lambert, 1955: 2).

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, y coincidiendo con los nuevos miedos de la Guerra Fría y la descolonización, los grandes motores privados de la financiación norteamericana iniciaron el apoyo al estudio de las áreas situadas bajo aquellos nuevos desafíos. Entre aquellas instituciones destacan la Fundación Ford, la Fundación Rockefeller¹⁰ y el Carnegie Endowment. La Fundación Ford inició en 1950 el Foreign Area Fellowship Program (FAFP) y hasta 1972 financió la investigación de 2.050 estudiantes de doctorado. Entre 1972 y 2002 la misma Fundación Ford, junto a los Area Studies Committees, apoyados por el Social Science Research Council y el American Council of Learned Societies, financiaron 3.000 tesis doctorales sobre *area studies* (y hasta 2.800 becas postdoctorales). Entre 1951 y 1966, la Ford Foundation invirtió 270 millones de dólares en este mismo campo (Szanton, 2002: 9). La Fundación Ford fue la más nuclear en esta financiación, seguida de otras como la Fundación Rockefeller, Mellon, Henry Luce, Tinker o Carnegie¹¹.

infra.

- 9 Sobre la financiación de los HRAF por la Carnegie Corporation, con funciones de espionaje, véase Ross (2008: 112, 121, 136). Según el que fue director de los HRAF hasta los años setenta, el proyecto recibía 200.000 dólares del Gobierno, una cuarta parte procedente de la CIA (Tobin, 1990: 476).
- 10 En 1944, la Rockefeller Foundation organizó una de las reuniones destinadas a reflexionar sobre el futuro de los *area studies*. El informe resultante, «Report on Area Studies», fue dirigido por William Fenton, vinculado al American Bureau of Ethnology, y estaba orientado a la realización de cursos de formación.
- 11 Sobre la Carnegie Foundation, véase Lagemann (1992).

Los estudios de áreas en Europa

Como contrapunto al caso norteamericano, queremos señalar que ya antes de la Guerra Fría, la URSS también había gestionado de algún modo las áreas culturales de sus territorios, empleando a fondo el conocimiento etnológico años antes que los proyectos de áreas desarrollados por Murdock, ya que aquellos procesos tuvieron lugar en los años 1920. El conocimiento etnográfico fue puesto al servicio del nuevo régimen, sobre todo en torno al Censo de 1926, que determinó la etiqueta étnica (*narodnost*) de las poblaciones. Resultó determinante no solo este etiquetaje sino la forma en la que se organizaron las áreas de estos grupos (Hirsch, 2005). Los etnógrafos tuvieron un papel importante en esta organización territorial, planteando divergencias sobre cómo definir a las poblaciones y en base a qué criterios a la hora de marcar sus fronteras en los mapas. En esta clasificación los etnógrafos recurrían a factores llamados económicos, religiosos y culturales-lingüísticos. Los informes de los etnógrafos fueron empleados para decidir la ubicación de poblaciones que habían sido encajadas en el territorio de otras «nacionalidades». Fueron precisamente las elites locales de muchos de los territorios quienes reclamaron sus adscripciones, que en gran parte ya eran el resultado de esa nueva forma de autocategorizarse como uzbechos, tajikis o kirguizes, debido a la legitimidad que adquirieron aquellas etiquetas durante el censo de 1926. Esta corriente clasificatoria de las poblaciones no es en absoluto exclusiva de la antigua Unión Soviética, y otros países de su órbita o incluso no alineados como la ex Yugoslavia presentan categorías poblacionales similares, cuyos usos gubernamentales no han sido documentados con la misma intensidad. Corresponde, de hecho, a un auge inventarial del que el folklorismo de la primera parte del siglo xx fue protagonista en buena parte del continente europeo.

En el ámbito académico, en gran medida podemos ubicar el pensamiento areal en la escuela alemana, pero esta influyó en la geografía y la historia y de forma importante en la arqueología, tanto como en la antropología. Aunque podríamos afirmar que si ha permanecido en la academia, notablemente la francesa, hasta hoy, es posiblemente gracias a su introducción por la vía de los historiadores. El historiador Fernand Braudel, conocido por su gran obra sobre el Mediterráneo, especialmente entre los años veinte y setenta del siglo xx, es también el inspirador del modelo académico francés de las ciencias sociales unificadas (a las que

prefirió denominar «Ciencias del Hombre») (Popa, 2015: 63). Una reunión de ciencias sociales y humanas organizadas en campos temáticos y áreas culturales, como la Division des aires culturelles de la Sección VIª de la École pratique des hautes études (precursora de la actual EHESS), de la que Braudel fue director en 1956, sustituyendo a Lucien Febvre, y para la que a partir de 1954-1955 se empezaron a organizar equipos de trabajo (Popa, 2015: 62-63). El proyecto contaría con la financiación de la Rockefeller Foundation, que promocionaba así los estudios de área.

Sus áreas culturales, inspiradas según el modelo americano, pero muy coherentes con su concepción de las civilizaciones, se definían por un espacio ocupado por unas gentes y modulado a su imagen, a excepción de la civilización judía. Se trataba de organizar el conocimiento colectivo de una forma transversal e interdisciplinaria, aunque bajo la égida heurística de su idea de historia, la *longue durée* (Aymard, en Carmignani, 2002: 37-38). Junto a la *longue durée*, se atribuye a Braudel la noción de *histoire globale*, definida en palabras de Roger Chartier como «la identificación de amplios espacios que, como el Mediterráneo, encuentran su unidad histórica en la red de relaciones que los constituyen». Algo parecido a las economías-mundo que definió Braudel, a la par que Immanuel Wallerstein, en el marco de un congreso organizado por este último en 1977 (Braudel, 2002: 78). Así, la Division des aires culturelles estuvo centrada originalmente en China, Sudeste asiático, India y Asia del Sur, África subsahariana, y mundo ruso y turco. Unas áreas entre las cuales no encontramos al principio las Américas¹². Esta forma de división ha continuado hasta hoy, ya que, de 40 Unidades de Investigación, 13 se refieren a áreas culturales, de las cuales solo una tiene América por centro: Mondes Américains. Cabe destacar también que en estas divisiones originarias no aparecen ni Europa ni el norte de África ni Oriente

12 No es que América estuviera ausente de la academia francesa; el mismo Paul Rivet (1984 [1957]: 9-10), sobre el que volveremos en el capítulo 4, destaca que la sede más antigua de Europa (y de América) de una Sociedad de Americanistas fue París; y fue en Nancy (Francia) donde se fundó, en 1875, el Congreso Internacional de Americanistas, que todavía en el siglo XXI reúne cada tres años estudiosos de las Américas. En cuanto al campo de la enseñanza, desde 1905 se impartían cursos de antigüedades americanas en el Collège de France; después de un «eclipse» en 1940 por la guerra, revive el apoyo público por esta área; así, en 1952 se instituye, a cargo de Jacques Soustelle, una cátedra de sociedades autóctonas de América en la École pratique des hautes études y en 1954 se crea el Institut des hautes études de l'Amérique Latine.

próximo, tres zonas que quedarían englobadas (en el caso de Europa sería el sur) en esa idea braudeliana de área mediterránea.

Además del trabajo de la antropología francesa, los años de postguerra también vieron nacer un interés académico y geopolítico angloamericano en los territorios del sur de Europa y del Mediterráneo. Es entonces cuando aparecen un conjunto de tesis doctorales situadas en localidades del «área mediterránea» presentadas entre 1950 y 1970 en el Institute of Social Anthropology de la Universidad de Oxford, en aquellos momentos bajo la dirección de Evans-Pritchard. Este interés etnográfico por el estudio de comunidades rurales de países de ambos lados del mar tuvo que ver con el proceso de descolonización y el traslado de una parte de la antropología británica funcionalista a nuevos territorios para realizar sus trabajos etnográficos. Pero también se relaciona con los intereses geoestratégicos norteamericanos en el proceso de reconstrucción de la Europa de postguerra y la Guerra Fría con la URSS, fenómeno que explicaría por qué fundaciones como la Wenner Gren financiaron los distintos encuentros de estudiosos del «área mediterránea» durante estos años (para el área mediterránea, ver Clua, *infra*).

La aparición del estudio del «área mediterránea» no estuvo exenta de críticas desde el inicio, en gran medida por problemas de delimitación que no solo tenían que ver con la realidad etnográfica e histórica, sino también con su superposición (en términos metodológicos) con otras «nuevas áreas» que también se estaban construyendo en ese momento, ya fueran europeas («área circum-alpina», «área balcánica»), africanas («área del Magreb») o asiáticas («área del Próximo Oriente»). O con la dificultad de situar algunas de estas comunidades en más de un área, como sería el caso de Israel (ver los capítulos de Gaibar y de Cohen, *infra*). A pesar de ello, el Mediterráneo ha mantenido una idea de unidad cultural que se refleja académicamente en revistas o museos especializados en la zona. Cabe señalar que la clasificación areal no ha influido por igual a las instituciones universitarias del resto del continente, y que en España, por ejemplo, es claramente minoritaria. Aunque existen unidades departamentales centradas en áreas, como la de Antropología de América en la Universidad Complutense de Madrid, o la de Estudios de Asia Oriental en la Universidad Autónoma de Barcelona, entre otras¹³, así como una serie no negligible de revistas académicas

13 Esta enumeración no busca ser exhaustiva sino ilustrativa.

centradas en regiones culturales, las áreas no constituyen la base mayoritaria de su organización.

Debates sobre la clasificación por áreas

La conexión entre conocimiento y poder se mantuvo durante años, no sin críticas internas, sobre todo en algunos momentos álgidos, como durante la Guerra de Vietnam, la política en Cuba y Latinoamérica o el conflicto entre India y Pakistán en 1965, cuando surgió una crítica interna a la política de los Estados Unidos, conformada por un modelo elitista y con una ideología destinada a promover la contrainsurgencia en contextos revolucionarios¹⁴.

Aunque en el nacimiento de los *area studies* intervino claramente la antropología, ni su objetivo ni su desarrollo se han ceñido a esta disciplina. Los *area studies*, o estudios por áreas, como hemos visto, se han conformado bajo la égida de la política internacional y han incorporado disciplinas fundamentales en su constitución como las ciencias políticas, la geopolítica o la historia, con una marcada influencia de los Estados Unidos. La antropología a veces ha participado proactivamente (como en el caso de los estudios transculturales de los HRAF), y en algunas regiones del mundo de forma más marcada (como en los estudios del Norte de África, Oriente Medio o Asia), pero otras veces ha seguido caminos propios. Ha sido el caso de los estudios comparativos más vinculados a sociedades que tradicionalmente estudió la antropología, en las Américas, ciertas regiones de África o del Pacífico, donde las áreas culturales, conformadas a partir de una mirada claramente culturalista, siguen vivas, como veremos en los capítulos de este libro.

¿Hay en estos momentos un *revival* en el estudio de las áreas culturales y los estudios de área de forma más general? ¿Coincide todo ello con el final de la Guerra Fría y la formación de un nuevo orden mundial con varios centros, con un neoliberalismo transnacional y con la retórica del choque de civilizaciones? En este trabajo colectivo proponemos que, en realidad, el efecto performativo de las áreas culturales se ha mantenido vivo pese a las críticas académicas, y ha penetrado sobre todo en

14 Sobre estos debates en el seno de la antropología y las críticas a los proyectos contrainsurgentes en los que se involucraron diversos científicos sociales, véase el «Social Responsibilities Symposium» de 1968 (Wolf y Jorgensen, 1971).

los organismos internacionales y en las formas de representación de la diversidad humana, como en los museos (a pesar del proceso de revisión de su pasado colonial en muchos de ellos). Por otro lado, existen propuestas recientes que rescatan el vocabulario de los *area studies* (Mielke, Hornidge, 2017), también desde un punto de vista crítico (Miyoshi, Harootunian, 2002); y otros que matizan y retoman con nuevos significados la clasificación antropológica a partir de áreas culturales (Halbmayer, 2017, 2020).

Szanton (2002) aseguraba que las críticas al nacimiento de los *area studies* en 1940-1950 y su implicación directa con proyectos políticos son justificadas, pero argumentaba que estos estudios no pueden ser vistos solo como una mera herramienta del poder, sino que también permitieron desarrollar unas agendas intelectuales distintivas. Aquellas críticas se habían centrado sobre todo en el hecho de que la ciencia se hubiese puesto al servicio del poder durante la Guerra Fría, con el fin de «conocer al enemigo». Pero también hubo revisiones metodológicas por parte de aquellos positivistas que observaban que los *area studies* estaban dominados por enfoques ideográficos y descriptivos, en contraste con los enfoques nomotéticos basados en la teoría fundamentada. Además, los *area studies* estarían reproduciendo de modo acrítico diversas categorías, perspectivas y teorías de la época colonial o de la expansión imperialista norteamericana, tal y como expresaron autores como Edward Said (1978). Todo ello implicó que no se hubiesen adoptado o tenido en cuenta las visiones locales del mundo. Bien al contrario, se reprodujeron de modo inconsciente teorías universalistas, ya fuesen neoliberales o marxistas, en una experiencia mistificada de la historia occidental (véase las críticas de Goody, 2011). Y aún otro tipo de críticas partieron de las perspectivas enfocadas en los procesos de globalización. Esta revisión presentaba la necesidad de conectar el estudio de particularidades locales con aquellos procesos globales que desafiaban las fronteras entre áreas, tal y como advirtió Mintz (1998).

Buena parte de esta crítica la encontramos también en las obras que revisan, desde una perspectiva contemporánea, la organización de los grupos humanos según áreas culturales, pero en un debate que centra sus razonamientos en cuestiones más específicamente etnológicas. En primer lugar, las dificultades prácticas y teóricas de delimitar agrupaciones humanas con afinidades particulares y convertirlas en elementos objetivables universalmente (cultura material, familias lingüísticas, formas de organización social o económica, adaptación al medio), o de

incorporar simultáneamente los ejes espaciales y temporales de análisis en espacios delimitados esquemáticamente y reproducidos cartográficamente; y, en segundo lugar, los sesgos producidos por unos u otros enfoques. A todo ello se añade la constatación que los proyectos más recientes han puesto de relieve al proponer sus alternativas: las sociedades humanas no son uniformes desde la perspectiva cultural ni lo fueron en el pasado; las sociedades humanas se mueven y transforman y las áreas culturales, por su propia esencia, no son capaces de incorporar este dinamismo intrínseco a las sociedades y las culturas. Las sociedades han vivido y lo siguen haciendo en marcos de poder superior que marcan su devenir y que las áreas culturales no pueden reflejar. Además, independientemente de uniformidades materiales, lingüísticas o históricas (e incluso de influencias y presiones coloniales), las sociedades humanas desarrollan perspectivas ontológicas diversas que las áreas culturales no pueden reproducir (ver Ventura, *infra*). Ahora bien: la organización del mundo por áreas culturales, bajo nuevas rúbricas como «estilos culturales» o «agrupaciones pluriétnicas» (Descola, 1991: 44-45), o rescatando la expresión histórica con todas las precauciones (Halbmayer, 2017, 2020), es la apuesta de un sector de la antropología. Pero es también la apuesta de muchas sociedades indígenas que, reivindicando su propia voz, y en defensa de sus derechos territoriales, parecen decididos a incorporar una cierta mirada areal para definir su territorialidad (Fontana, *infra*; Surrallés, *infra*).

Asimismo, si nos fijamos en los ámbitos de acción de instituciones internacionales de distintos órdenes, observamos que actualmente se sigue dividiendo el mundo en grandes áreas geopolíticas, de interés estratégico o relativo al ámbito de actuación de cada institución, más próximas a los estudios de área presentados que a las micro áreas culturales o las delimitaciones oficiales por estados. Así, una asociación científica históricamente dedicada a la divulgación como la National Geographic, por ejemplo, en su archivo de expediciones divide el mundo en nueve espacios: América Central y el Caribe, Asia, Australia y el Pacífico, Europa, Norteamérica, Oriente Medio, Sudamérica, Tierras Polares y África. Una forma de situarlo en función de regiones climático-geográficas que responde a la vez al interés cultural propio del acto expedicionario. Es decir, que sobre una organización por continentes se solapa otra que responde a criterios areales. Igualmente, una institución de ámbito económico supraestatal como el Banco Mundial, destinada, según señala en su página web, a «reducir la pobreza y generar prosperidad

compartida en los países en desarrollo», divide el mundo en regiones donde la clasificación geográfica por continentes se cruza con una dimensión de interés económico. Una organización que da lugar a una división tripartita de Asia (una parte de la cual se reúne con Europa), una división bipartita de África (a la vez cultural y geopolítica) y una ausencia destacada de América del Norte, como vemos en su clasificación del globo: África, Asia oriental y el Pacífico, Asia Meridional, Europa y Asia Central, América Latina y el Caribe, y Oriente Medio y Norte de África¹⁵. Por su lado, la ONU, organización supraestatal de ámbito mundial por excelencia, divide el mundo en términos estadísticos por continentes, siguiendo una clasificación conocida como M49, establecida en 1970 y todavía vigente. Con una clasificación en 22 regiones, de las cuales 5 en África, 4 en América, 5 en Asia, 4 en Europa y 4 en Oceanía, cuya división sigue criterios prioritariamente geoestratégicos y de difícil justificación en términos culturales.

Una mirada a las áreas a través del mundo

La mirada clasificatoria, el impulso de los museos o de la academia en dicha mirada, la comparación, la predominancia del tiempo (evolucionismo, historia cultural) o del espacio (determinismo medioambiental o posibilismo), la estanqueidad de las culturas o su emergencia interrelacional, la aplicación o utilidad social de la antropología, la relación de la antropología con el poder (colonial, nacional), el predominio de la cultura material o de las lógicas lingüísticas u ontológicas en las estructuras clasificatorias, o el uso de las fronteras culturales para el control de poblaciones, pero también la mirada de los pueblos originarios, son todos aspectos que quedan reflejados en este libro, en uno u otro de los capítulos que siguen.

El volumen está dividido en tres partes. Empieza con una parte introductoria en la que se encuentran, además del presente capítulo, dos textos más que son transversales a todas las áreas. Por un lado, presentamos una reedición adaptada de una parte del texto de Verena Stolcke

15 Para los datos de esta parte agradecemos el trabajo realizado por los estudiantes Víctor Navarro (2018-19) y Martí Torra (2019-2020), becarios de colaboración en el grupo de investigación AHCISP, como parte de su labor en el Departamento de Antropología Social y Cultural de la UAB.

que ha devenido clásico para la historia de la antropología: «De padres, filiaciones y malas memorias. ¿Qué historia de qué antropología?». Se trata de una propuesta que la autora presentó en el VI Congreso de Antropología de la FAAEE (Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español), celebrado en Tenerife en 1993 y que fue publicada ese mismo año (en Bestard, 1993). El texto es una lúcida revisión de los problemas epistemológicos y metodológicos que conlleva la realización de una historia de la antropología, poniendo el acento en la necesidad de definir primero cuál es el elemento distintivo de la disciplina. En esta revisión crítica de los elementos sociopolíticos que intervienen tanto en el desarrollo de la disciplina como en la selección posterior de los autores que formarán parte del panteón «honorable» de ancestros, Stolcke muestra la historia de los conceptos que en distintos momentos se han utilizado para marcar fronteras y grupos dentro de esta humanidad compartida. Se trata de una propuesta de convertir la historia de la antropología en un problema antropológico que implica una mirada crítica e histórica (Coello y Mateo, 2016) que ha sido y sigue siendo un referente para el grupo de investigación Antropología e Historia de la Construcción de Identidades Sociales y Políticas. Y que en este volumen hemos querido llevar a la práctica con el análisis de la construcción de las fronteras y áreas culturales.

Si en el capítulo de Stolcke el análisis se centra en la historia de la disciplina, el tercer capítulo, realizado por Eugenia Ramírez-Goicoechea, nos sitúa en el presente más actual, donde los desarrollos en genética plantean nuevas fronteras y categorías para diferenciar la diversidad humana. El capítulo describe un proyecto de genotipificación, el National Geographic Project, que ofrecía a una sociedad globalizada, pero cada vez más interesada en la reconstrucción de identidades, pertenencias y adscripciones, conocer sus ancestros a partir de un análisis del ADN. El texto muestra cómo, desde un paradigma neodarwiniano naturalista, se propone convertir el ADN en una especie de piedra Rosetta a partir de la cual conocer el pasado más profundo de nuestros antepasados. El proyecto presenta el gen como una unidad «neutra» para reconstruir nuevas formas de diferenciación de la especie humana, a partir de una legitimidad científica que, en realidad, reproduce y consolida antiguos y contradictorios criterios etnocéntricos de clasificación de grupos de base histórico-cultural. El texto muestra cómo debajo de las clasificaciones en demarcaciones aparentemente biológicas se encuentran divisiones geoculturales y políticas precedentes, incluyendo las de áreas culturales. A los

límites metodológicos, ideológicos y de biocolonialismo sobre los que se sustenta el proyecto, hay que añadir sus posibles efectos adversos sobre las demandas políticas de ciertos grupos nativos que apoyan el reconocimiento de sus derechos civiles en ideas de ancestralidad.

La segunda parte y más extensa, está dedicada a la construcción de las áreas culturales en América. América, particularmente del Sur, es el lugar del pensamiento (europeo y americano), donde se ha gestado y desarrollado el paradigma areal, probablemente desde que Franz Boas, formado en la escuela alemana de Ratzel y Bastian, cruzó el Atlántico dispuesto a expandir con nuevos aires la organización intelectual de las culturas americanas. El capítulo inicial, cuarto del libro, sirve de introducción a esta segunda parte, de la mano de Montserrat Ventura i Oller. Se trata de un recorrido documentado y crítico por los autores, escuelas y perspectivas más relevantes y sus contextos de producción a lo largo de un siglo de historia de las áreas culturales; una historia desde Europa, los Estados Unidos y América del Sur, que revisa las contribuciones, proyectos y entramados de figuras americanistas desde Paul Rivet a Descola, pasando por el proyecto del *Handbook of South American Indians* (HSAI) de Julian H. Steward, en el que se detiene, para entender la continuidad clasificatoria, así como su reivindicación. Este texto da inicio a un viaje por periodos, contextos políticos y regiones diversas del subcontinente, tanto de la construcción de las áreas desde poderes coloniales y republicanos o instituciones internacionales, como por escuelas antropológicas, así como por las propias sociedades indígenas. Por ello ha parecido relevante iniciarlo en Gotemburgo, donde Adriana Muñoz, arqueóloga y curadora del Museo Etnográfico de Gotemburgo, actualmente parte de los Museos Nacionales de Cultura del Mundo en Suecia, elabora en el capítulo 5 una interesante reflexión sobre su nacimiento y evolución, desde la dirección del antropólogo americanista Erland Nordenskiöld, y de la retroalimentación entre sus ideas sobre el desarrollo de las culturas americanas y la materialidad de las colecciones del museo.

Como se explica en el presente capítulo y de nuevo para el caso americano en el capítulo 4, uno de los momentos paradigmáticos de la construcción de las áreas culturales de América fue la edición del HSAI entre los años 1946 y 1949 (con secuelas hasta 1959). Aquella obra, fruto de un ingente trabajo colectivo de un centenar de especialistas, consolidó algunas de las grandes áreas de América, y a ellas se referirán buena parte de los textos de esta sección; también estuvo en el origen de un

área controvertida, el área circuncaribe, o intermedia, cuyos entresijos teóricos y circunstanciales explica Mònica Martínez Mauri en el capítulo 6, fruto también de un trabajo de documentación en los archivos del HSAI. Pero si la definición del área intermedia ha sido ambigua, otra área más al sur se ha construido sobre un imaginario alrededor de un mito indígena que le ha dado especificidad: el mito de la «tierra sin mal» del grupo guaraní; un mito real cuya recuperación desde distintos sectores (misiones, antropología) lo ha convertido, junto a la migración periódica en su pos, en paradigma del área, tal como documenta y analiza Marilyn Cebolla Badie en el capítulo 7.

Otra de las regiones históricamente consolidadas es la andina. Domenico Branca, especialista en el mundo aymara del Perú, desarrolla en el capítulo 8 una historia de la mirada areal en esta región, así como una interesante reflexión en torno a los esencialismos, arcaizantes y a la vez reivindicativos, que ha dibujado la noción de andinismo hasta periodos recientes. El capítulo 9, de la mano del antropólogo Juan Javier Rivera Andía, presenta un estudio de caso en el área cañaris de los Andes peruanos a través de un recorrido por algunas miradas foráneas coloniales (eclesiásticas y precientíficas) y el análisis de un ritual local como dispositivo indígena usado hasta hoy para cartografiar las tierras y los pueblos del área Cañaris. Siguiendo la cordillera hacia el Noroeste nos adentramos en otra área de interés etnológico como es la Sierra Nevada de Santa Marta. Edgar Ricardo Naranjo Peña analiza y documenta en el capítulo 10 los procesos de colonización inducida en el momento en el que este espacio físico y social adquirió el estatus de «territorio nacional», que las misiones religiosas reforzaron con la invención de un «territorio salvaje», y culmina el recorrido con la construcción del área realizada por los estudios arqueológicos y etnológicos clásicos.

Subiendo hacia América Central, Esther Oliver-Grasiot expone en el capítulo 11 un caso aplicado de construcción de un área cultural con consecuencias tangibles para la población concernida. Aquí el área lingüística ixil es presentada como área de combate por parte del ejército, en documentación aportada como prueba en el juicio por genocidio y lesa humanidad contra la población maya ixil de Guatemala; una muestra clara que las clasificaciones sociales, no solo no son neutras, sino que pueden ser usadas con intereses políticos con consecuencias negativas para los pueblos. Pero también los pueblos pueden usarlas para reivindicar su territorio y su identidad. Nos lo muestra el capítulo 12 escrito por Laura Fontana Sierra sobre la construcción histórica y actual del

complejo areal que ha dividido a los grupos mapuche, entre el «primitivismo» patagón y las «altas civilizaciones» andinas; cómo los poderes republicanos y las instituciones internacionales han usado este legado, y cómo el activismo mapuche lo reivindica para reclamar su territorio e identidad colectiva plural, a través del Wallmapu. Este uso del legado areal, o de las categorías étnico-territoriales por parte de los pueblos indígenas, es uno de los objetos del capítulo 13, donde Alexandre Surrallés expone en detalle los debates teóricos y éticos que suscita la autodefinición del territorio integral en la Amazonía peruana, fruto de años de colaboración en, y reflexión sobre, este proceso, particularmente con el pueblo kandoshi. Su capítulo es también una propuesta de acción a partir de la diversidad de situaciones de integración de los pueblos indígenas respecto de la sociedad nacional y sobre todo de diversidad interna en que se encuentran los pueblos amazónicos en esta región del Perú. Un debate coincidente con el que tuvieron algunos antropólogos en los momentos álgidos del debate areal: ¿cómo reconocer la pluralidad cultural de un área? ¿Cómo considerar el dinamismo y la movilidad? Un debate que por fin se hace necesario cuando los pueblos indígenas se encuentran al frente de la discusión y cuando su resolución es clave para organizar su territorio.

En la tercera parte del libro se muestran las dificultades encontradas por la antropología para implementar el paradigma de las áreas fuera de América, y los desafíos a la clasificación que plantean diversas regiones que en la práctica han sido cortadas por múltiples fronteras y criterios de inclusión. Algunas zonas han experimentado clasificaciones cambiantes y polisémicas, y han sido encuadradas en unas áreas u otras. Una misma población puede pertenecer al Norte de África, al Mediterráneo, a Oriente Medio o a Europa según los criterios empleados. Ya no solo por razones geográficas sino por cuestiones puramente políticas.

La sección empieza en el capítulo 14 con un análisis de Josep Lluís Mateo Dieste sobre las definiciones cambiantes de aquello que se conoce como Oriente Medio, con una presentación introductoria de aquellas definiciones y los propios límites de la región. A grandes rasgos podemos inferir que los criterios lingüísticos y culturales, como la lengua y culturas árabes, han devenido un eje central para caracterizar la región, pero al mismo tiempo estos rasgos comunes se han construido por encima de múltiples diversidades como en el caso de la cultura amazig; y en el terreno religioso, el otro eje considerado central, como el islámico, se refiere a una cultura hegemónica que ha gestionado la diversidad

religiosa interna en interacción con comunidades judías y cristianas. El paradigma propuesto por Patai de que existe un área cultural que podemos denominar «Middle East» fue formulado en 1952; no obstante, las definiciones de la región han sido dominadas sobre todo por las Ciencias Políticas y los llamados «Middle Eastern Studies» de arabistas y orientalistas, que a menudo han dado por descontadas las fronteras y los contenidos culturales de la región. Pero como muestran los capítulos de Gaibar y Cohen sobre Palestina e Israel, estas definiciones han sido conformadas por estrategias políticas donde la cultura deviene un elemento maleable y discutido.

En el capítulo 15, Vanessa Gaibar Constansó repasa cronológicamente las cambiantes designaciones de la zona comprendida actualmente por el estado de Israel y los territorios palestinos. En este análisis queda claro que las definiciones de grupos sociales a partir de elementos culturales comunes no coinciden con las comunidades políticas. Si bien es cierto que existen unas fronteras religiosas, también lo es que numerosos elementos culturales compartidos por esas comunidades religiosas distintas han quedado finalmente ocultos bajo las pugnas políticas por el territorio y la legitimidad de su control. Bajo este escenario bélico, la propia definición de qué es ser palestino o israelí va más allá de un mero ejercicio académico y deviene un ejercicio de clasificación de carácter performativo con consecuencias políticas.

Así, la presentación hegemónica del Estado de Israel como una entidad basada en un componente cultural europeo desempeñará un rol central, en detrimento de una definición integrada en elementos de la región, como muestra Angy Cohen en el capítulo 16. En este trabajo, Cohen reconstruye la pugna entre la visión *mizrajim* y *askenazi* de Israel, a través de una canción que ilustra la importancia de considerar los contenidos culturales que legitiman la definición de un grupo humano en un territorio. En contraste con la visión *askenazi*, las definiciones *mizrajim* remarcan las raíces comunes entre los mundos judíos y los mundos árabes e islámicos, y abren otras posibilidades para pensar el conflicto político de la región.

Uno de los libros referentes en el estudio de Oriente Medio, escrito por el antropólogo Dale F. Eickelman (1981, 1998, 2003), incorporó al título del libro el subtítulo de «Asia Central» en la versión editada en 1998, después de la caída del muro de Berlín. Estas nuevas fronteras de la región ilustran el papel de los factores políticos sobre la delimitación de las áreas culturales. Además, las críticas al eurocentrismo han propuesto nuevos

desafíos al plantear que Oriente Medio, que era concebido desde occidente, puede devenir Asia occidental, si el punto de vista parte de Asia. Asia está sometida también a múltiples reconfiguraciones y recortes. Una región de sumo interés para ilustrar estos avatares es la región de los Himalayas, que analiza en detalle Alice Van den Bogaert en el capítulo 17. Entrecruce de imperios y ocupaciones diversas, en época colonial y poscolonial. Numerosos han sido los esfuerzos por definir los contenidos culturales y las fronteras de estos espacios de montaña. Pero al mismo tiempo, las poblaciones han sido sometidas a esos criterios y políticas de clasificación, y en otras ocasiones han escapado a ellas como parte de aquello que James Scott definirá como *zomia*, en cuanto un área que no encaja en las formas de control de los Estados. En este sentido, el Himalaya es un ejemplo paradigmático de los esfuerzos desplegados por instituciones de conocimiento y poder para clasificar una región, y al mismo tiempo de las dificultades del proyecto, bien por la disparidad de criterios empleados, bien por las resistencias locales a dichas clasificaciones.

Los dos últimos capítulos de esta tercera parte tienen por tema y escenario el Mediterráneo. En el capítulo 18 Alèxia Rué Larroya plantea la construcción de un imaginario del «mar mediterráneo» en relación con los programas de acogida de los demandantes de asilo en el Estado español, un fenómeno que tomó mucha relevancia mediática a partir de la llamada «crisis de los refugiados» de los años 2014-2016. Hasta el punto de que la idea de refugiado se llegó a asimilar popularmente a los migrantes que llegan a través de rutas marítimas, especialmente desde el Egeo. El capítulo muestra cómo se utilizan simultáneamente dos visiones contrarias de este mar: como un lugar de conflicto, donde migrantes y refugiados encuentran sufrimiento y muerte (a causa de las políticas de control de fronteras), mientras a la vez se apela a una idea de espacio común, de encuentro de culturas y acogida, que invoca a la solidaridad de la ciudadanía para con los refugiados. Y cómo estas contradicciones en los imaginarios tienen efectos en las personas que atienden a los solicitantes en el sistema de recepción, que se mueven entre una idea del «bueno» y el «falso refugiado» y la necesidad de dar respuesta humanitaria a las graves situaciones de exclusión económica de las personas con las que están trabajando.

Cierra el libro el capítulo 19, de Montserrat Clua i Fainé, donde se hace una aproximación histórica y crítica a la construcción antropológica del «área cultural mediterránea». Muestra cómo el caso del Mediterráneo fue más bien una «no-área cultural» construida sin criterios de

delimitación claros y definidos *a priori*. La ambigüedad o pluralidad de sentidos que se encuentran debajo de la categoría «área mediterránea» es una muestra de las dificultades metodológicas y epistemológicas de delimitar áreas culturales regionales que no son exclusivas del caso mediterráneo, pero que se mostraron con más claridad cuando se intentó aplicarlas a poblaciones más cercanas a las sociedades a las que pertenecían los antropólogos investigadores. El capítulo argumenta la necesidad de realizar un análisis de los procesos políticos y geoestratégicos para comprender cuándo y desde dónde se construye esta área cultural en determinado momento. Y del rol que ha tenido la disciplina, como ciencia social con el poder de interpretar y representar al «otro», para construir dispositivos heurísticos que luego van a ser tratados como realidades empíricas sobre las cuales construir nuevos discursos interpretativos y prácticas políticas.

En definitiva, la construcción antropológica de áreas culturales ha corrido paralela al devenir de la disciplina y de la sociedad en este último siglo y medio. Por ello, su historia compleja no puede ser aprehendida en un solo volumen. Este libro, que no pretende agotar el enorme y fascinante debate intelectual y social que suscita el tema, se ha pensado como una contribución crítica, documentada y diversa, a un proceso transcontinental de construcción de fronteras culturales y sus contextos de producción, que explican con detalle los capítulos que siguen.

Bibliografía

- Amselle, J.-L. (1999 [1990]), *Logiques métisses. Anthropologie de l'identité en Afrique et ailleurs*, Payot, París.
- Aymard, M. (2002), «Un Braudel ou plusieurs ?», en P. Carmignani (dir), *Autour de Fernand Braudel. Et un texte inédit de Fernand Braudel*, Nouvelle édition [en línea], Presses universitaires de Perpignan, Perpignan, <<http://books.openedition.org/pupvd/3837>>, <DOI: 10.4000/books.pupvd.3837>, pp. 36-47.
- Asad, T. (1973), *Anthropology & the colonial encounter*, Ithaca Press, Londres.
- (1994), «Ethnographic representation, statistics and modern power», *Social Research*, 61 (1), pp. 55-88.
- Bender, C. (2017), «The Culture Area as Boundary Object», *Zeitschrift für Ethnologie*, 142, pp. 265-288.

- Bender, T. (1997), «International Studies in the United States: the Twentieth Century», International Rectors Conference, New York University, 22 de febrero.
- Braudel, P. (2002), «À propos de *l'histoire globale: réflexions et digressions*», en P. Carmignani (dir.), *Autour de Fernand Braudel. Et un texte inédit de Fernand Braudel*. Nouvelle édition [en línea], Presses universitaires de Perpignan, Perpignan <<http://books.openedition.org/pupvd/3837>>, <DOI: 10.4000/books.pupvd.3837>, pp. 77-90.
- Burke, E. (2014), *The ethnographic state: France and the invention of Moroccan Islam*. University of California Press, Berkeley.
- Capello, E. (2010), «Cartógrafos y clérigos. Misiones geodésicas y religiosas en el conocimiento geográfico del Ecuador (Siglos XVIII-XX)», *Araucaria*, 24, <http://www.institucional.us.es/araucaria/nro24/monogr24_6.pdf>, pp. 150-175.
- Coello, A. y J. L. Mateo (2016), *Elogio de la antropología histórica. Enfoques, métodos y aplicaciones al estudio del poder y del colonialismo*, Pressas Universitarias de Zaragoza, Universitat Oberta de Catalunya, Zaragoza.
- Comitee on War Service of Anthropologists. Division of Anthropology and Psychology (1943), «Anthropology During the War and After. Memorandum», National Research Council, 10 de marzo.
- Coon, C. S. (1980), *A North Africa story: The anthropologist as OSS agent, 1941-1943*, Gambit, Ipswich.
- Chrétien, J. P. (2002), *Burundi, la fracture identitaire: logiques de violence et certitudes ethniques, 1993-1996*, Karthala Editions, París.
- Descola, Ph. (1991), «Amazonie» en P. Bonte y M. Izard (eds.), *Dictionnaire de l'Ethnologie et de l'Anthropologie*, PUF, París, pp. 43-45.
- (2019), «La notion de civilisation est née au XVIIIe siècle», *Les civilisations en Cartes, La Vie – Le Monde*, p. 11.
- Douglas, M. (1973 [1966]), *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid.
- Eickelman, D. F. (1981), *The Middle East: an anthropological approach*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- (1998), *The Middle East and Central Asia: an anthropological approach*, Prentice-Hall, Upper Saddle River, Nueva Jersey.
- Eickelman, D. F. (2003), *Antropología del mundo islámico*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Farish, M. (2005), «Archiving Areas: The Ethnogeographic Board and the Second World War», *Annals of the Association of American Geographers*, 95 (3), pp. 663-679.

- Foucault, M. (2008), *Seguridad, Territorio, Población. Curso del Collège de France (1977 - 1978)*, Akal, Madrid.
- Gil, G. J. (2015), «Centros y periferias antropológicas. Julian Steward y el Handbook of South American Indians», *Avá*, 26, pp. 127-153.
- Goldberg, D. T. (2002), *The racial state*, Blackwell Publishers, Malden.
- González Echevarría, A. (1990), *Etnografía y comparación*, Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, Bellaterra.
- González, R. I. (ed.) (2004), *Anthropologists in the Public Sphere. Speaking out on war, peace and American power*, University of Texas Press, Austin.
- Goody, J. (1985 [1977]), *La domesticación del pensamiento salvaje*, Akal, Madrid.
- (2011), *El robo de la historia*, Akal, Madrid.
- Guyer, J. I. (2004), «Anthropology in area studies», *Annual Review of Anthropology*, 33, pp. 499-523.
- Hallmayer, E. (2017), «Rethinking Culture, Area, and Comparison from the Axial Age to the Contemporary Multi-Ethnic World», *Zeitschrift für Ethnologie*, 142, pp.157-180.
- (ed.) (2020), *Amerindian socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica. Toward an Anthropological Understanding of the Isthmo-Colombian Area*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Hall, Robert B. (1947), *Area studies: With special reference to their implications for research in the social sciences*, Social Science Research Council, Nueva York.
- Hirsch, F. (2005), *Empire of nations: Ethnographic knowledge and the making of the Soviet Union*, Cornell University Press, Ithaca.
- Iggers, G. G., Wang, Q. E. y S. Mukherjee (2016), *A global history of modern historiography*, Taylor & Francis, Londres.
- Kroeber, A. L. (1939), *Cultural and Natural Areas of Native North America*, University of California Press, Berkeley.
- Lagemann, E. C. (1992), *The politics of knowledge: The Carnegie Corporation, philanthropy, and public policy*, University of Chicago Press, Chicago.
- Lambert, W. (1955), «A Repport on the Present Status of the Human Relations Area Files», *Carnegie Corporation of New York Papers*, caja 174 (carpeta 14), Columbia University Rare Book & Manuscript Library, Nueva York.
- Lander, E. (compl.) (2000), *La Colonialidad Del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires.

- Llobera, J.R. (1975), «Post-scriptum: algunas tesis provisionales sobre la naturaleza de la antropología», en J. R. Llobera (ed.), *La antropología como ciencia*, Editorial Anagrama, Barcelona, pp. 373-387.
- (1990), *La identidad de la antropología*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Mauss, M. y E. Durkheim (1903), «De quelques formes primitives de classification. Contribution à l'étude des représentations collectives», *Année Sociologique*, 6, pp. 1-72.
- Métraux, A. (1952), «Applied anthropology in Government: United Nations», Inventory paper for the Wenner-Gren Foundation International Symposium on Anthropology, Nueva York, 9-10 de junio.
- Mielke, K. y A. K. Hornidge (2017), *Area Studies at the Crossroads*, Palgrave Macmillan, Nueva York.
- Mintz, S. W. (1998), «The localization of anthropological practice: From area studies to transnationalism», *Critique of Anthropology*, 18(2), pp. 117-133.
- Miyoshi, M. y H. D. Harootunian (eds.) (2002), *Learning Places. The Afterlives of Area Studies*, Duke University Press, Durham.
- Patterson, Th. C. y A. Lauria-Perricelli (1999), «Julian Steward and the construction of Area-Studies Research in the United States», en R. O. Clemmer, L. D. Myers y M. E. Rudden (eds.), *Julian Steward and the Great Basin. The Making of an Anthropologist*, The University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 219-276.
- Popa, I. (2015), «Aires culturelles et recompositions (inter) disciplinaires», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 5, pp. 60-81.
- Price, D. (2002), «Interlopers and invited guests. On anthropology's witting and unwitting links to intelligence agencies», *Anthropology Today*, 18 (6), diciembre.
- (2004), *Threatening Anthropology. McCarthysm and the FBI's Surveillance of Activist Anthropologists*, Duke University Press, Durham.
- (2008), *Anthropological Intelligence. The Deployment and Neglect of American Anthropology in the Second World War*, Duke University Press, Durham.
- Rivet, P. (1932), «Nécrologie de Nils Erland Herbert Nordenskiöld», *Journal de la Société des Américanistes*, 24 (2), pp. 296-307.
- (1984 [1957]), *Los orígenes del hombre americano*, Fondo de Cultura Económica, México (traducción de la segunda edición revisada; primera edición: 1943).

- Ross, E. B. (2008), «Peasants on Our Minds: Anthropology, the Cold War, and the Myth of Peasant Conservatism», en D. M. Wax (ed.), *Anthropology at the dawn of the Cold War. The influence of foundations, McCarthyism and the CIA*, Pluto Press, Londres, pp. 108-132.
- Said, E. (1978), *Orientalism*, Pantheon Books, Nueva York.
- Santini, C. (2018), «Can Humanity be Mapped? Adolf Bastian, Friedrich Ratzel and the Cartography of Culture», *History of Anthropology Newsletter*, 42, <<https://histanthro.org/notes/can-humanity-be-mapped/>>.
- Silverstein, P. A. (2002), «The Kabyle myth: Colonization and the production of ethnicity», en B. K. Axel (ed.), *From the margins: Historical anthropology and its futures*, Duke University Press, Durham, pp. 122-155.
- Steward, J. H. (1952), *Area research. Theory and Practice*, Social Science Research Council, Nueva York.
- Stolcke, V. (1993), «De padres, filiaciones y malas memorias. ¿Qué historia de qué antropología?», en J. Bestard (ed.), *Después de Malinowski*, Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español y Asociación Canaria de Antropología, Tenerife.
- Stoler, A. L. (2010), *Along the archival grain: Epistemic anxieties and colonial common sense*, Princeton University Press, Princeton.
- Szanton, D. L. (2002), «Introduction. The origin, nature, and challenges of Area Studies in the United States», en D. L. Szanton (ed.), *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, University of California Press, Berkeley.
- Tobin, J. (1990), «The HRAF as Radical Text», *Cultural Anthropology*, 5 (4), pp. 473-487.
- Todorova, M. (1997), *Imagining the Balkans*, Oxford University Press, Nueva York.
- Valdés, M. (2006), *El pensamiento antropológico de Franz Boas*, Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, Bellaterra.
- Wissler, C. (1917), *The American Indian. An Introduction to the Anthropology of the New World*, Douglas C. McMurtrie, Nueva York, <https://en.wikisource.org/wiki/The_American_Indian>.
- Wolf, E. y J. G. Jorgensen (1971), «Antropología en pos de guerra», *América Indígena*, 31 (2), pp. 429-449.
- Wood, D. y J. Fels (1992), *The Power of Maps*, The Guilford Press, Nueva York.